

ROBERT NICOLL Y LA VERDAD LITERARIA

Acaso la polémica escocesa de 1837 sea la más injustamente olvidada de la literatura europea. No menos injustas fueron sus consecuencias al determinar la celebridad de Nicoll.

Él opinó en aquella ocasión que "todo el terreno de la literatura debía ser poseído por la verdad". Sus propios cuentos y versos —manifestó— no tendrían otro propósito que divulgarla a lo largo de variadas ficciones.

Su rival fué Sir Huffam Cimes, quien le replicó desde las páginas de "The Perth Chronicle". Declaró que sólo la infinita pobreza del mundo consentía la fama de Nicoll y sus argumentos. En despectivas páginas mantuvo que el arte era una pura fruición de belleza y fantasía: nada entonces más bajamente antitético que demandar su atadura con los hechos reales.

Con todo, la polémica, al tiempo de diversificarse, iba acrecentando la nombradía de Nicoll.

En la fría mañana del 18 de diciembre Cimes leyó que su enemigo acababa de dar un golpe de notoria maestría: morir a los 23 años después de una vida pobre y trabajada. Previsiblemente, el éxito fué instantáneo. Se dijo que Nicoll era de los que "are not dead but gone before" por sostener la verdad contra los impostores del hombre. Mr. Jhonston prometió revisar y publicar todos sus manuscritos y cartas. El "Cornlaw Rhymer" admiró generosamente la "pura limpidez del joven poeta" y lo llamó "Scotland's second Burns".

Cimes comprendió que esta oportuna muerte —al asegurar la celebridad de Nicoll— destroncaba su meditada apología de la imaginación literaria. Apresuradamente rebatió en una nota las ditirámicas líneas del "Cornlaw Rhymer", demostrando que la ininterrumpida superioridad de Burns sobre Nicoll hacía imposible toda aproximación. Argumentó que sólo se podía intentar compararlos en lo accidental (las formas dialectales y el entre-

veramiento con las chacras de Escocia, p. ej.) pero que nunca llegarían a asemejarse las pasiones que manejó Burns y la trascendencia de su genio con las puerilidades cometidas por Nicoll en composiciones como *We Are Brethren A'*, culpable de estos versos, entre otros no mejores:

The knave ye would scorn, the unfaithful deride;
Ye would stand like a rock, wi' the truth on your side;
Sae would I, an' nought else would I value a straw;
Then give me your hand - we are brethren a'.

o como *The Anemone*, que mejor hubiera quedado "apresada en el silencio":

Why need ye fear the bitter wind
That through the woods doth gae?
Its heart is cold, but thee't would spare,
Sweet, wild Anemone! (1)

Concluyó anotando su resolución de suicidarse en procura de substituir el naciente mito de Nicoll por el propio, o al menos de anularlo.

Catorce años después un grupo de peones enterraba a Robert Hutcham, silencioso compañero muerto en la reparación de un puente. Luego supieron que este hombre era realmente Sir Huf-fam Cimes y que 1837 lo había enriquecido con un falso suicidio. Obscuramente su nombre fué asociado a la mentira y al engaño.

Las posteriores tardes de Escocia, pródigas en trabajos y avaras de fama, extendieron sobre estos hechos y nombres el memorable olvido que mi pluma divulga.

En 1851 Michael Moore (*Lacks of coherence*, pág. 77) fundamentaba este olvido aduciendo el siguiente motivo: Los versos y la prosa de Nicoll confirman su inmersión general en el error de considerar que verdad y sociedad son términos correlativos. En *Our Truth* había escrito: "Nosotros artistas sólo podemos acceder a la verdad expresando la sociedad en que vivimos". Cimes arguyó entonces: El pensamiento verdadero es solitario; las experiencias de cualquier hombre son también solitarias e imparticipables. Aplaudir en la literatura elementos tan rudimentarios como la comunión social o la vida y esclavizarla a ellos sería un intento de quitar al artista de un lícito aislamiento y sumergirlo en una falsa "verdad de masa". Esto —sugiere Moore— demostraría que los polemizantes no discutían lo que creían discutir

1 "...cada escritor crea a sus precursores." Quizá algunos de nuestros poetas estén creando una particular visión de Nicoll...

sino que confusamente apoyaban o rebatían el no del todo consciente determinismo de Nicoll.

Yo propondría pensar que Cimes no pudo dejar de notar esta derivación. Creo —y algunos pasajes de sus escritos lo confirmarían— que simplemente la ignoró por comprender que el tema en debate seguía siendo el mismo. Supo que era necesario salvar el arte de la promiscuidad con lo real y hacerlo vivir en su único universo: la libertad.

Pienso de veras que el fingido suicidio de Cimes fué su mejor y más heroico (puesto que lo separó de su ciudad, de sus amigos y quizá de algún amor) argumento en favor de la imaginación poética. Su obra puede ser olvidada sin disminución alguna para la belleza; su vida merece recordarse. Estuvo entre los que no quisieron —no pudieron— admitir que el arte adulterinamente mendigara sus temas a la realidad.

MARCELO ABADI